

Batuala

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Batouala*

En cubierta: ilustración © Toni Demuro

© Primera edición en francés, Éditions Albin Michel, 1921

© Nueva edición y epílogo de Amin Maalouf,  
Éditions Albin Michel, 2021

© De la traducción, José Manuel Fajardo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-19553-42-3

Depósito legal: M-4.187-2023

Impreso en Anzos

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

René Maran

BATUALA

Epílogo de  
Amin Maalouf

Traducción del francés  
José Manuel Fajardo

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Dedico este libro  
a mi muy querido amigo  
Manoël Gabisto*

# I

El fuego de guardia que se acostumbra encender al atardecer se ha consumido lentamente en el transcurso de la noche, dejando un leve montón de cenizas todavía calientes. El muro circular de la choza suda por todos sus poros. Una confusa claridad se cuela por el porche que le sirve de entrada. Bajo la paja, prolifera, discreto, continuo, el trabajo de las termitas, agujereando, desde el amparo de sus galerías en la tierra morena, la cumbrera del techo bajo y descendente, que protege de la humedad y del sol.

Fuera, los gallos cantan. Sus quiquiriquíes se mezclan con los balidos de las cabras, que solicitan con su hocico el sexo de sus hembras, y con la risita burlona de los tucanes, y allá lejos, en medio de la alta vegetación, a lo largo de las orillas del Pombo y del Bamba, con el gruñido ronco de las crías de Bacouya, el mono con jeta de perro.

Nace el día.

El gran jefe Batuala, Batuala, el *mokoundji* de tantos poblados, percibía perfectamente esos rumores, a pesar de la somnolencia en la que se deleitaba.

Bostezó, tenía escalofríos, se estiró. ¿Debía volver a dormirse? ¿Debía levantarse? ¡Levantarse! Por N'Gakoura, ¿para qué levantarse? No quería saberlo, desdeñoso como era de las resoluciones en exceso simples o excesivamente complicadas.

Además, ¿no iba a necesitar hacer un esfuerzo enorme tan solo para ponerse en pie? Él era el primero en convenir en que la decisión a tomar podía resultarle de lo más simple a los hombres de piel blanca. Pero a él le parecía infinitamente más difícil de lo que se podía pensar. De ordinario, el despertar y el trabajo van de la mano. Ciertamente, a él el trabajo no le asustaba demasiado. Robusto, membrudo, excelente caminante, no conocía rival en el lanzamiento de la azagaya o del cuchillo de arrojar, ni en la carrera o la lucha.

Su fuerza legendaria era encomiada, además, de un extremo a otro del país *banda*. Sus éxitos, ya fueran amorosos o guerreros, sus habilidades de valiente cazador y su fogosidad se perpetuaban en una atmósfera de prodigio. Y cuando Ipeu, la luna, gravitaba en medio de un cielo plantado de estrellas, no era raro que las proezas del gran mokoundji Batuala fueran cantadas en las más apartadas poblaciones m'bis, dakpas, dakouas y la'mbassis, en las que, a pesar de sus sonidos discordantes, los balafones y los *koundés* se unían al vacío sonoro del tam-tam de los *li'ngbas*.<sup>8</sup>

El trabajo no podía pues asustarlo. Solo en la lengua de los blancos esa palabra mostraba un sentido sorprendente, significaba fatiga sin resultado inmediato o tangible, preocupaciones, penas, dolores, deterioro de la salud, persecución de propósitos quiméricos.

<sup>8</sup> Balafones, koundés y li'ngbas son instrumentos de percusión africanos.

¡Ah! Los hombres de piel blanca. ¿Qué habían venido a buscar en el país negro, tan lejos de sus hogares? ¡Mejor harían todos en regresar a sus tierras y en no moverse más de ellas!

La vida es corta. El trabajo solo les gusta a los que nunca la entenderán. La vagancia no puede degradar a nadie. Esta es, por otra parte, una cosa muy diferente de la pereza.

En todo caso, se fuera de su parecer o no, él creía ciegamente, y en eso no iba a dar su brazo a torcer hasta prueba contraria, en que no hacer nada es sacar provecho, con la mayor bonhomía y simplicidad, de todo aquello que nos rodea.

Vivir al día, sin pensar en el ayer, sin preocuparse por el mañana, no prever, eso es lo excelente, eso es lo perfecto.

Por lo demás, ¿para qué levantarse? ¿No se está, por lo general, mejor sentado que en pie, y acostado que sentado?

¡Ah! Qué buen olor a hierba seca desprendía la estera sobre la que acababa de pasar la noche. El pellejo de un buey salvaje recién matado no podría en verdad sobrepararla en tibieza y flexibilidad.

En consecuencia, en vez de quedarse ahí, con los ojos cerrados, soñando despierto, ¿por qué no intentaba volverse a dormir? Eso le permitiría disfrutar, por más tiempo del habitual, de la mullida perfección de su estera, de su *bogbo*.

Antes tendría que reavivar el fuego apagado. Para ello solo necesitaba unas cuantas ramitas de madera seca y un puñado de paja. Después, hinchando las mejillas, le bastaría con soplar sobre las cenizas, que incubaban el rojo hormiguelo de las chispas.

El humo desplegaría entonces, entre las explosiones de un crepitar seco, sus espirales acres y sofocantes. Y las llamas brotarían al fin, precediendo a la avasalladora llegada del calor.

Obtenido este resultado, solo tendría que tumbarse de nuevo, cual jabalí cebado de yuca, de espaldas al fuego, en su choza entibiada, para intentar volver a dormirse. Se limitaría a calentarse junto a la lumbre, como una iguana al sol. Solo tenía que imitar a la que era su mujer —su *yassi*— desde hacía muchas estaciones secas y muchas estaciones de lluvia.

¡Qué excelente ejemplo el suyo! Ella hacía *gologolo* —vamos, que roncaba— muy cerca de un segundo fuego también apagado.

¡Vaya, vaya! Menuda manera de dormir, con la cabeza apoyada sobre un tarugo de madera, tranquila, desnuda, con las manos sobre el vientre ¡y las piernas inocentemente abiertas!

Se palpaba a veces sus senos flácidos y arrugados, que semejabán hojas de tabaco seco, o se rascaba soltando largos suspiros. También a veces sus labios se movían un poco. Esbozaba entonces pequeños gestos blandos. Pero enseguida volvía a calmarse —y a su ronquido acompasado.

Djouma, el pequeño perro pelirrojo y triste, dormitaba, por su lado, detrás de un montón de gavilla, hecho un ovillo sobre la pila de canastas de caucho que dominaba el hueco donde casi cada noche se peleaban gallinas, patos y cabras.

De su cuerpo, arrugado por la delgadez de las privaciones, no se veía más que las orejas, largas, tiesas, puntiagudas, inquietas. De vez en cuando se sacudía. Por aquello de



sobresaltar a las pulgas, garrapatas y melíponas que le molestaban. Normalmente, prefería soltar gruñidos sordos, pero sin moverse más que Yassigui'ndja, la esposa favorita de Batuala, su dueño. O si no, agobiado por sueños imperitinentes, abría de pronto el hocico para morder el vacío o lanzar al silencio ladridos sofocados y convulsivos.

Batuala se acodó sobre su estera. No había manera de seguir durmiendo. Todo se aliaba en contra de su reposo. La niebla se introducía poco a poco en la choza. Hacía frío. Tenía hambre. Se levantaba el día.

No, no y no. Ni pensar en dormir. Los sapos martillo y las mugientes ranas toro croaban afuera, sin parar, entre la hierba frondosa y mojada.

Alrededor de él, pese al frío, los jejenes y los mosquitos zumbaban y resonaban sin cesar, aprovechándose de que el fuego apagado ya no expectoraba humo que los espantara.

Y para remate, aunque las cabras peleonas se habían dado el bote con el canto del gallo, las gallinas se habían quedado y estaban armando un tremendo escándalo.

También seguían ahí los plácidos patos. De momento, cloqueaban de sorpresa o graznaban con inquietud, inclinando el cuello a la izquierda, con gesto brusco, o recogéndolo para estirarlo de inmediato hacia la derecha.

Parecía que hubiera ocurrido un fenómeno más extraordinario que todos los fenómenos que hubieran conocido en su existencia de patos. Agitaban febrilmente sus rabadillas cubiertas de plumas sedosas, mirando de soslayo la entrada de la choza; luego se apelotonaron alrededor del jefe de la bandada, con aire de estar presentándole sus reflexiones y sugerencias.

Una vez que creyeron haber conseguido explicarse el prodigio que los tenía estupefactos, dieron una vuelta a las canastas de caucho, serios, importantes, torpones, ordenados por tamaño, repitiendo automáticamente los mismos gestos espasmódicos.

Su peso al marchar los echaba un poco hacia delante, con cada bamboleo de su traqueteante marcha. Y así fueron, a trancas y barrancas, hasta un rincón para celebrar un conciliábulo, no sin mirar antes ansiosamente en dirección a la salida.

Uno de ellos, bruscamente decidido, avanzó cinco o seis pasos hacia el lugar por el que el día clareaba, dio media vuelta y luego, como asustado, batió el suelo con sus grandes plumas a fin de acelerar su movimiento, e introduciéndose por la abertura desapareció.

El resto del clan se lanzó de cabeza tras sus pasos.

Y en ese momento se despertó Djouma, el pequeño perro pelirrojo y triste. No es que ese ruido lo hubiera perturbado más de lo habitual. Ya en tiempos de su madre, a la que sus dueños se habían comido un día de hambruna — ¡había tenido tantos sueños con eso! —, se vivía todos los días parecido alboroto.

Habría sido, por otra parte, bien extraño que no fuera así, pues bestias y personas compartían, por lo menos en la estación mala, la misma y única habitación.

Por el primero de los perros, su antepasado, ¡qué penosa le había parecido, al principio, aquella perra vida! Es cierto que él descuidaba entonces su oficio perruno, tanto que ni ladraba a lo primero se presentara.

Pero si la burlona hostilidad de las cabras, junto al ajetreo alarmado de las aves, casi lo habían desquiciado, el

maltrato de Batuala y los desaires de Yassigui'ndja no tardaron, por el contrario, en abrirle las entendederas y en enseñarle sus deberes más elementales.

Ahora se había transformado en un perro como debe ser, y sabía mostrarse agresivo cuando quería y defender a sus dueños hasta el momento en que resultaba peligroso para él seguir haciéndolo.

La mínima señal despertaba su desconfianza, si no lo ponía de inmediato pies en polvorosa. Y ante la visión de un hombre blanco o del simple bonete de un *tourougou*<sup>9</sup>, se las piraba; hasta ese punto había adquirido inteligencia y prudencia, a fuerza de recibir golpes y de temerlos.

Si se había despertado, no era porque le hubieran molestado de algún modo, ni porque estuviera harto de dormir. Además, nunca se duerme lo bastante. Él compartía por entero, en este punto particular, las ideas de su amo Batuala.

Entonces..., ¡pues eso!, entonces él solo se despertaba cuando le hacía falta hacerlo. De hecho, en la vida de un jefe de poblado, como en la de cualquier hombre de piel negra, un perro no cuenta más que los relinchos con los que M'barta, el caballo, celebra la buena hierba que come.

A un Djouma, cuando no se le zurra, uno se lo come en tiempos de hambruna, a menos que se prefiera caparlo por diversión, o cortarle las orejas.

Un perro es menos que nada. Si te sirves de él en algún momento, durante la temporada de incendios en la sabana,

<sup>9</sup> Los *tourougou* eran soldados negros que en la época colonial se encargaban de mantener el orden. Su uniforme incluía un bonete rojo.

es porque sabe levantar la caza y es bueno persiguiéndola. Aparte de eso, como es inútil, uno no se ocupa de él más que para sacudirle.

Hacía una eternidad que nada de la mentalidad de los hombres de piel negra le era ajeno a Djouma, el pequeño perro pelirrojo de orejas puntiagudas. Hacía mucho que sabía, cuando le entraban ganas de dormir hasta tarde en la choza de Batuala, que nadie pensaría en darle de comer.

Así que si se levantaba era porque tenía hambre. El hambre era lo que le expulsaba de su lecho. Tenía que encontrar cuanto antes con qué alimentarse, si no quería palmar de inanición y nutrir con su cadáver a Doppelé, el carroñero, y a sus innumerables hijos de cuello pelado. ¿Acaso no sabía él lo bueno que era zamparse, al despuntar el alba, las boñigas de los caballos, que todavía huelen a leche y tienen el mismo sabor? Una comida succulenta, todavía más para un perro que no tiene otra cosa que llevarse a la boca.

¿Boñigas? Estaba seguro de encontrarlas en cualquier parte. Era imposible que los escarabajos peloteros se hubieran puesto ya a la tarea. Todavía había demasiado frescor y demasiada niebla. Incluso era posible, a condición de que la suerte le fuera favorable, que lograra desenterrar algunos huevos de pintada en el transcurso de sus vagabundeos matutinos. ¡Qué dicha sería esa! De todos modos, más valía no contar mucho con ello.

Djouma, ya en pie, se lamió la panza y lo opuesto a su hocico, se sacudió vigorosamente, bostezó varias veces seguidas, se rascó las pulgas, se alargó, se estiró, dio varios pasos desganados hacia delante, se detuvo, se sentó sobre

su trasero y miró a derecha e izquierda, como si salir le diera miedo.

Por fin, reuniendo fuerzas en un suspiro interminable, se arrastró, tambaleándose sobre sus patas, hacia la puerta, con la cola metida bajo el vientre, la mirada apagada y la nariz a ras de suelo, calamitoso, indiferente a todo y miserable.

Había aprendido, con ayuda de la necesidad, a disimular sus más ínfimos sentimientos y a fingir ante cualquier circunstancia la infinita lasitud de un aburrimiento sin límite. Sabía por experiencia que era prudente de su parte comportarse de esa manera. Cualquier alegría perruna despierta la atención del hombre. No había más que dar muestra de buen humor para incitar a Batuala a no perderlo de vista y, dado el caso, a seguirlo.

Y eso era justamente lo que tenía que evitar a todo precio. Si no, ¡adiós a los botines ocasionales ante los que se detuviera!

Por fin, se deslizó afuera, rumiando oscuras maldiciones en su lenguaje de perro.

Batuala reflexionaba con desgana. Las cabras, las gallinas, los patos y Djouma habían abandonado su techo. ¿Qué esperaba él para imitarlos?

La época de los Ga'nzas se acercaba. En ellos se procedía a la circuncisión en público de los muchachos iniciados en el culto secreto de los Somalés, y a la ablación de las jovencitas.

Era hora de que hiciera las invitaciones que ya debería haber hecho hace tiempo. Iba a faltar a todos sus deberes si seguía con demoras. ¿No le habían encargado, por demás, la organización de los festejos que son de rigor en

tales circunstancias? ¡Estaría bueno que se desentendiera del honor que habían hecho, en su persona, a uno de los principales dignatarios de los Somalés de la región!

Se levantó rascándose, después de haberse frotado los ojos con el dorso de la mano y sonado con los dedos. Se rascó los sobacos. Se rascó los muslos, la cabeza, las nalgas, la espalda y los brazos.

Rascarse es un ejercicio excelente. Activa la circulación de la sangre. También es un placer y una señal de un valor inestimable. Cuando uno mira a su alrededor, solo quien no tiene vida no se rasca al salir del sueño. Así que es un modelo a seguir, puesto que es natural. Quien no se rasca está mal despierto.

Pero si rascarse está bien, bostezar es todavía mejor. Bostezar es una manera de expulsar el sueño por la boca y la nariz. ¿Alguien podría dudarle? Cualquiera podía darse cuenta de esa manifestación sobrenatural, que se producía sobre todo durante la temporada de las noches frías y las mañanas frescas. Todo el mundo expiraba entonces esa especie de humo sin olor, ventilado por ese fuelle de fragua del corazón que son los pulmones.

Ese humo certificaba, entre otras cosas, que el sueño no es sino un fuego secreto. Batuala sabía cómo comportarse respecto a eso. Un hechicero de su importancia no tenía nada que aprender de nadie. ¡No bastaba con querer para estar versado en los favores de N’Gakoura!<sup>10</sup> Ese era, sin embargo, su privilegio.

<sup>10</sup> N’Gakoura: divinidad africana creadora del mundo.

Y, además, vamos a ver, aun suponiendo que el sueño no fuera un fuego interior, ¿de dónde podía venir entonces el humo en cuestión? ¿Había en algún lugar humo sin fuego? De ser así, él quería verlo.

Bostezar por aquí, rascarse por allá son gestos sin importancia. Batuala, mientras seguía con ellos, soltó, uno tras otro, múltiples y sonoros eructos. Eso, en su casa, era una vieja costumbre. Le venía de sus padres. Y sus padres la habían heredado de los suyos. Las viejas costumbres son siempre las mejores. Se fundan, en su mayoría, sobre la más segura experiencia. De ahí que nunca esté de más observarlas.

Así pensaba Batuala. Guardián de hábitos en desuso, permanecía fiel a las tradiciones que sus ancestros le habían legado, pero sin profundizar más allá. Contra la usanza, todo razonamiento es inútil.

Como resumen de su monólogo mental, concluyó que haría saber cuanto antes a sus amigos dónde y cuándo se procedería a la fiesta de los Ga'nzas y se contentó, de momento, con reanimar el fuego que había calentado su sueño. Cuando Yassigui'ndja se despertase, solo tendría que hacer otro tanto con el suyo. El hombre es el hombre, y la mujer, la mujer. Cada uno vive para sí, no para el prójimo. Al menos eso era lo que le habían enseñado.

Estando en estas, salió de la choza, pero volvió a entrar casi de inmediato. El frío se le había metido en el cuerpo en cuanto había sacado la nariz fuera. Cierto que, como siempre, no llevaba por vestimenta más que su taparrabos.

Por eso se había devuelto al hogar, sin demora. Además, la niebla era tan densa que le era imposible distinguir las

chozas donde reposaban sus otras ocho mujeres y los niños que estas le habían dado.

Se acuclilló delante del fuego, castañeteando los dientes, como se acuclillan los hombres de piel negra, es decir, recogiéndose sobre sí mismo, con las rodillas a la altura del mentón, los brazos cruzados sobre el pecho, la mano izquierda aferrada al hombro derecho, la mano derecha, al hombro izquierdo y las nalgas tocando los talones.

El grato calor del fuego hizo desentumecerse enseguida sus miembros anquilosados. ¡Ah! Qué bueno era vivir. Con las manos frente a las llamas, comenzó a tararear una famosa melodía a la que empezó a inventar sobre la marcha letra y estrofas.

Se hablaba mucho de «comandantes» blancos en esa canción, y de mujeres todavía más.

*El hombre está hecho para la mujer.  
Y la mujer para el hombre.  
Y la mujer para el hombre.  
¡Yabao!  
Para el hombre.*

Como la palabra *yassi*, que significa mujer, aparecía con demasiada frecuencia en el estribillo, él terminó naturalmente por pensar en Yassigui'ndja. Y, por una asociación de ideas igualmente natural, quiso cumplir sus funciones de macho, cosa que, hasta aquel momento, nunca había dejado de hacer cada mañana, antes de levantarse del todo.

Como Yassigui'ndja estaba habituada desde hacía muchísimo a aquella exagerada confianza cotidiana, aunque



todavía estuviera durmiendo no habría necesidad de despertarla. Ya se despertaría ella solita.

\*

Desde los horizontes por donde sale el sol hasta aquellos por los que se oculta, el viento persigue a la niebla y la deshilacha. Y en esas brumas, que envuelven con sus paños las elevaciones o *kagas*, todos los pájaros cantan, de los loros a los estorninos orejiazules, de las lavanderas abanico a los tejedores, de los tucanes a los queleas, de los cucos a los cuervos.

Las pintadas, apelotonadas sobre las ramas bajas de ciertos árboles, piñonean generosamente su canto de bienvenida. Las tórtolas vuelan a ras de suelo y luego repuntan hacia el cielo, que parece aspirarlas. Los gallos, tiesos sobre sus espolones, ponen sonido al encuentro con la luz. Y las gallinas huyen, con la cabeza bajo el ala, en cuanto ven, a través de la niebla que el sol diluye, el vuelo de los carroñeros merodeando a baja altura en el aire azulado.

El aire fresco viene, huye, regresa, acaricia. Y producen los árboles un musical susurro de miles de hojas mojadas. Y se estremecen las altas copas de las ceibas. Y entrechocando sus largos tallos flexibles, los bambúes gimen largamente.

Un último golpe de viento rasga al fin las últimas brumas, entre las que surge un sol limpio, intacto, luciente.

De la llaga del rojo sol, que se ensancha allá lejos, parece emanar un sosiego prodigioso que, de un espacio a otro, va ganando las más remotas soledades.

Entre tanto, indiferente a la gracia solar, sentado sobre el mismísimo suelo, a dos pasos de su choza, junto al buen fuego que acaba de encender, Batuala, el mokoundji, con la mente libre de todo pensamiento, lenta, sabiamente, fuma en su buena pipa de arcilla, en su viejo *garabo* al que otros prefieren llamar *gataba*.

El día ha nacido...